



Felipe Santos, SDB

"¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador" (Lc 18,13).

Ponte ante Dios como quien necesita ser amado. Siente la necesidad de salvación y disponte a recibirla. Mira cómo es el Dios en el que crees, porque eso reflejarás en tu vida. Para Dios ninguna vida es inútil. Deja que Dios te mire con una mirada de confianza. Tu pecado puede ir en busca de la gracia. Tu sed puede encontrarse con la fuente. Tu oración puede ser pobre, pero puede estar llena de vida. Esta oración puede hoy ser la tuya.

Quiero que ilumines mi camino para que, poco a poco, descubra tus pisadas y ponga sobre ellas mis pies.

Según el modo de pensar legalista, a Dios sólo le interesa que cada minucia de la Ley sea cumplida; en esa medida, la relación amorosa con Dios está completamente ausente, pues gracia queda suplantada por una relación prácticamente comercial.

Basado en ese sistema de relación, un fariseo ora en el templo, y lo hace con toda naturalidad, simplemente hace una rendición de cuentas y da gracias porque no es como lo demás; luego, la paga que merece es justa y adecuada; se siente merecedor de una recompensa acorde con su medida de cumplimiento que, en este caso, es “perfecta”, según él. ¿Dónde está aquí la relación de amor, la confesión del vacío y la necesidad de Dios?

La imagen del ser humano para esta mentalidad está completamente desvirtuada. Se es persona, se es alguien, si y sólo si se cumple lo estipulado por la ley, si no se pasa por alto nada de lo que está ordenado; está de por medio el miedo a la maldición: “maldito sea quien incumpla la ley”; y este miedo sí que pesa en la conciencia de quienes han puesto su confianza y la medida de su ser en el frío cumplimiento de unas normas.